



Círculo Rojo

EL INVISIBLE JARDÍN

EL INVISIBLE JARDÍN

CARMEN REYES RODRÍGUEZ



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: abril 2017

Depósito legal: AL 681-2017

ISBN: 978-84-9160-683-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Carmen Reyes Rodríguez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustración de cubierta: José Martínez Ortiz

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*Para Pepe.
Para los que amo, los que amaré.
Para los que amaría, si los conociera,
de cualquier época, pasado y futuro,
presente continuado.*

Pero en especial para Pepe.

San Esteban del Molar, Zamora
18 de octubre de 1944
Miércoles

Escribeme.
Sé buscar escondites...

Escribeme. Yo tengo que escribirte, aunque no te encuentre. No, espera, tú, tal vez, no me encuentres. No sé. Pero debes hacerlo, te necesito. Decir te necesito es algo muy serio y, sin embargo, lo más probable es que nunca lleguemos a conocernos.

¿Probable? Las probabilidades en matemáticas no contemplan la probabilidad del destino, sólo la del azar, pero el azar no existe, salvo que esté destinado a existir. Eso creo, y pienso que el destino no es lo que se tiende a pensar que es. Diría que tiene más que ver con la dimensión abierta de las cosas y la libertad.

Igual que existe el símbolo infinito, y se hacen cálculos con él, tendría que inventarse otro para el destino. Me permito deducir que está más allá del infinito y que habría que operar con este nuevo símbolo, como si de cualquier otro número se tratara o de todos a la vez. Me gustan las matemáticas, me parece que tienen un toque de abstracción, dado con un golpe certero de varita mágica, que no corresponde con su exactitud y que ése es su atrevimiento.

A veces se hacen grandes logros con operaciones matemáticas que se apoyan sobre

supuestos indemostrables aceptados con fe como una auténtica verdad, los axiomas. Luego, esas construcciones matemáticas sirven para hacer cosas, por ejemplo, un avión que vuela como un petirrojo. Son logros reales provenientes de operaciones perfectas que se asientan sobre una base que no puede ser demostrada. ¿Qué diremos, se trata de un cimiento de certeza o de incertidumbre? Porque, según sea la respuesta, todo cambia. Es algo muy poético. Lo poco que he llegado a vislumbrar de las matemáticas, tras mi breve paso por su estudio en mi etapa secundaria, es la poesía que suscitan en mí.

Pero, cuando tuve que elegir, peleé, con espada firme en mano zurda y sin protección en el rostro, contra la literatura, que me acarició la mejilla con sus palabras haciendo que me rindiera ante ella. Algunos amores nacen de los duelos, otros de la ternura. En fin, ambas, matemáticas y literatura, tocan lo sublime, pero leer a los que escriben historias es mi pasión. La literatura ronda el más puro silencio de la esencia de las cosas, donde incluso se cuele cuando se hace música.

Me siento extraña con la idea de escribirte sin conocerte y más aún con el pensamiento de que algún día recibiré repuestas tuyas que no podré leer y que son imprescindibles para completar este ¿relato?

Perdóname, no estoy siendo nada clara. Todo esto me parece aún un poco informe en mi mente.

Me daré un nombre, Estela. No es mi nombre, no sé si en algún momento estaré a salvo para escribir cómo me llamo, pero esto es un juego. Inventarse un nombre puede ser divertido. Podrías inventar uno también para ti.

Hagamos como hacen los niños. Imaginan personajes de historias sin más principio que el comienzo del juego, ni más final que su interrupción porque se pasa a otra cosa. Se divierten tejiendo diálogos en los que a veces tienen la gentileza de responderse con alguna coherencia y de mantener un finísimo hilo argumental, tan fino que es casi transparente, aunque lo normal, sobre todo cuando se trata de los más pequeños, es que no se respondan... Sólo dicen cosas... Dicen cosas y se ríen y eso es jugar. Nosotros, igual.

Prometo no mentir, eso sí, nada tendría sentido si mintiera. Tan sólo mi nombre. Es un pacto.

Es muy de noche, aún mucho, todavía no he oído el canto del mirlo y sin su encantamiento no despunta el día. Todo se aturulla en mi cabeza. Estaba acostada y me he levantado sobresaltada para escribir esto. Me voy de nuevo a la cama. ¡Qué rica camita!

Escríbeme. ¿Querrás? Cada vez que yo lo haga.

*

19 de octubre de 1944
Jueves

Yo he tenido un mejor amigo mientras crecía. Éramos vecinos y nos veíamos casi todos los días en una colina. La llamábamos así, aunque era un chatillo y pequeño montículo de tierra. Nos subíamos a él como quien escala el Moncayo y sentíamos que estábamos muy altos.

Sacábamos mucho partido de nuestra colina, no parecía interesarle demasiado a nadie más, así que estaba allí puesta para nosotros. De un lado veíamos las casas del vecindario, del otro había una explanada sin construcciones, salvo unas casas derruidas a cierta distancia donde iban a jugar algunas pandillas de niños.

Nos deslizábamos por ella como si fuera la pendiente de un tobogán gigante. Esto era divertidísimo cuando nevaba. Bajábamos montados en un impermeable viejo que colocábamos a modo de trineo y volvíamos a subir una y otra vez haciendo una parada arriba para que mi amigo me cogiera a borriquito y yo pudiera estar aún más alta. Muchas veces nos colocábamos justo detrás de su cumbre redonda, en el lado opuesto a donde se escondía el sol, y esperábamos impacientes su puesta escudriñando atentamente el oeste, como si una puesta de sol fuera algo más de lo que es. Siempre lo es. Todo es algo más.

No puedo imaginarme mi vida sin aquella tierra amontonada a modo de montaña de